

LA BUSQUEDA*

Ricardo Estrada**

-El nunca habló de sus padecimientos y miserias. Tampoco pudo haber explicado los cambios violentos en sus hábitos elementales y sencillos. Nunca habló, en el estricto sentido de hablar, porque jamás tuvo las posibilidades de hacerlo ni de construir su propio relato. Desde luego, puede pensarse que tenía su particular visión de lo externo y su íntima acuidad para concebir, nombrar...¿Me entiendes?... sentir e interpretar todo aquello que, para él, pudo ser realidad aparente e inmediata. Bueno, quiero decirte que él quizá tuvo sus peculiares existencias, las que yo, dentro de lastimosas condiciones de relator, trato de reconstruir, no importa si en una forma trastocada. Quiero hacer el intento de hilvanar retazos, recuerdos; juntar distantes observaciones y noticias dispersas y, por la evocación y sugerencias de lugares y largas caminatas, obtener algo de aquello que pudo haberlo acongojado y conducido al final decisivo del regreso, del retorno a su propia naturaleza que casi se había perturbado...

-¿ ?

(Ve la grabadora como quien espera recuperar aquellos cantos elaborados a través de los siglos. Habíamos trasladado música gregoriana de los monjes trapenses de la abadía de Getsemaní, entre espaciados sorbos de whisky. El, abstraído profundamente, como quien medita con un gesto triste acerca del recogimiento y devoción de los silenciosos monjes de Getsemaní. Yo le había hecho una pregunta inusitada acerca de un viaje que él realizara en forma un tanto misteriosa. Como quien regresa de contemplar un abismo, volvió su atención hacia mí, pero soslayó la respuesta, y no sé en qué instante comenzó su extraño relato.)

-Cuando lo vi por última vez, y aún me parece estar viéndolo, observé los temblores y encogimientos que sacudían su cuerpo en el entreverarse del sueño con el insomnio que parece quedó padeciendo. Soñaba. Porque también soñaba. Quién sabe qué sueños. Indudablemente perseveraba en sus oídos la existencia de aquella ciudad perturbadora e imperturbable. Calles y avenidas multitudinarias y estridentes. Motores, ruidos, gritos, pasos agingantados. Todo, extraño e inusitado, superpuesto en imágenes veloces.

Eso, durante el día, cuando totalmente aturdido y perdido en su anhelante e instintiva búsqueda, con los rasgos de un ser ya contaminado y con su naturaleza resquebrajada, iba espejando extravíos y aberraciones.

(Ahora, su mirada se desprende de la grabadora para recorrer la mesa cubierta de libros, revistas, postales, fotografías y copas, ceniceros con cigarrillos a medio fumar, escudillas de cerámica y porcelanas con bocadillos y aceitunas. En ese recorrido detiene la mirada sobre la botella de un curioso y añejo whisky.)

-Por la noche, cintas asfálticas interminables, casi silentes y desoladas en largas cuadras y cuadras, y él, cabizbajo, charqueando los reflejos solitarios de luces de sodio o de gas neón. Apenas si una que otra vez, en sus caminatas, que de avidez por encontrarla no dejaban de sugerir un andar sonámbulo y fantasmal, presentía, entre la medianoche y la madrugada, la proximidad de suburbios, de zonas marginales y embarrancadas, y hacia allí se dirigía. Entonces, bajo una bóveda de gallos, de grillos y de luces insomnes, se quedaba escuchando el desamparado chillido espacial de aves migratorias y el sollozo lejano de trenes desconocidos. Y recordaba. Tal vez recordaba lo distinto y distante: veredas escondidas de codornices entre la hojarasca, con el correteo madrugador de ardillas al pie de los pinos; bochornos de mediodía en los bosques de abetos, incitantes para la siesta; lagunetas de anochecida con flautas dulces de ranas que a su paso se sumergían en clap-clap asustadizo. Y los portales provincianos y las calles empedradas de su pueblo pequeño y lejano. Entonces, como un viejo búho en la amanecida, parpadeando con los ojos enrojecidos, o como un muchacho destanteado por su tiempo, reposaba un poco en cualquier resquicio.

(Parte del cuerpo de la botella lo recubre una cédula pálida, en crema y negro desvanecido, que

* Cuento inédito, en hojas mimeografiadas, obsequiado por el autor a los licenciados Gustavo Adolfo Wyld y Jorge Luján Muñoz de la Universidad del Valle de Guatemala. Lleva, como fecha, "verano 1975".

** Primer Secretario de la Universidad del Valle de Guatemala (1966-1976). Cuentista guatemalteco, autor de *Unos cuentos y cabeza que no siento* y *Otras cosas y santos mártires*. Fallecido el 1 de abril de 1976.

reproduce alguna escena de bodegón conventual con fondo de arcadas ojivales. El sonrío. Tal vez medita acerca de la índole distante y distinta de esta imagen frente a la imagen auditiva de los trapenses que cantan por amor. En la cédula, tres monjes en primer plano; al medio, dos barricas descansadas. Uno de los monjes, arrodillado y con una sonrisa de lumbre entrecerrándole los ojillos, ha abierto la espita de una barrica; fluye el líquido en gorgoritos ambarinos llenando una botella; otro de los monjes, en casi genuflexión, se apresta a degustar una copa, en tanto que el tercero, erguido, con la suya en alto, la contempla con mirar beatífico. En un cesto próximo, tres botellas se asoman por el borde, y otra, paciente y a la espera, de pie y a la izquierda del monje erguido.)

-De los presentidos árboles que aún tenían aquellas partes de la ciudad, se desprendía el bullicio y el quiebro de los pájaros que recordaba sin saber sus nombres, pero que le recordaban dolorosamente sus propios rasgos simples y humildes. Y fueron los pájaros los que le dieron la ruta. En una de esas amanecidas se levantó presuroso y, movido por presentimiento instintivo, decidió atravesar la gran ciudad, no para volver a lo suyo, sino para encontrarse con su verdad. Pero todavía hubo algo casi al final de su caminata.

(El observa a los monjes. Vuelve a sonrír, ahora con una cierta dureza y amargura; entonces, los tres monjes, despreocupados, gozosos y rubicundos, se desprenden de la cédula; crecen lentamente entre las volutas de los cigarrillos retomados y vienen hacia nosotros en ineluctable reclamo.)

-A ras de las malezas de un campo abierto vislumbró la mole para él inmensa de un edificio de piedra y arcadas. Hacia allá volaba una bandada de pájaros, a vuelo de árbol en árbol y de alameda en alameda. Ya en proximidad de la fábrica, entre el deliberado aroma de pan recién salido del horno, se diluía, quizá procedente de recóndita tahona, la conjunción de voces en un canto grave. Sabía o recordaba que era música. El presentimiento de mansedumbre humana le hacía acercarse. Y se acercó. Transpuso la enorme puerta abierta de la tapia que circundaba el edificio y llegó despacioso y cabizbajo al soportal donde unos hombres silenciosos, barbados y con mirada de olvido distribuían pan. El los escudriñó hasta llegar a la confianza. Y los hombres silenciosos le dieron pan, y con gestos le señalaron la proximidad de una arboleda y una huerta como convidándolo al descanso.

(Los monjes escancian el licor. Se transparentan en una suerte de polvillo crepuscular y vierten un paréntesis de silencio como para recoger distancias y recopilar tiempo de soledades.)

-Hubo un momento en que la quietud y el canto beatífico lo sedujeron; reposó casi largamente y después reemprendió el camino, con decisión de proseguir la búsqueda, aún impregnada del grave canto de los monjes. Sabía que estaba cerca.

(Pienso en las lejanas lecciones de un verano en que lo vi asiduamente con una estudiante extranjera, ensimismados, leyendo y estudiando juntos en algún banco de los patios de la universidad, bajo las jacarandas y matiliguates florecidos; perdiéndose entre las veredas del bosque de eucaliptos con sus redes al hombro para atrapar mariposas; buscando hongos brotones que aparecían como por ensalmo después de alguna lluvia de junio; aspirando mentas, anises y tomillos labiados.)

-La había visto, como un pecador, a través de la malla que circundaba la piscina. Fue durante una corta temporada de verano en que la gente huía de la ciudad para entregarse al sol y al viento de las afueras. Había empezado simplemente por curiosar, por adivinar, pero de día en día la mirada se fue intensificando en afán de alcanzar y conseguir proximidad. En alguna ocasión de ausencia, la mirada fue de tristeza y desasosiego a través de la malla que lo distanciaba, y la ansiedad en la garganta llegó hasta el gemido. Ella correteaba por la orilla de la piscina sin más que el pelo flotante -trigo lacio- rehuyendo las salpicaduras que levantaban las zambullidas de niños y adolescentes. Alguien, riendo gozosamente, le lanzaba agua recogida en el cuenco de las manos. Ella volvía y revolvía corriendo y saltando, con los ojos brillantes y su pelo lacio por el que resbalaban diminutos espectros. Uno, a través de la lente de la cámara, podía verlo a él, solitario y desconocido, anhelante, persiguiéndola con la mirada o corriendo casi paralelo a ella desde afuera, para después retrotraerse distante y meditativo. Más tarde tendría oportunidad de aproximarse, cuando dejaran la piscina; entonces él se confundía entre niños y muchachos que jugueteaban con ella sobre el césped o bien formaba parte del grupo para adentrarse en el bosque de eucaliptos. No faltaron muchachos que con gesto duro trataran de alejarlo, pero pronto descubrieron que él conocía lugares con nidadas de codornices y otras reconditeces del bosque. Algunas veces, pero muy contadas veces, estuvieron absolutamente solos. Caminaban por lugares inéditos para ella. Escudriñaban meticulosamente distintos parajes; se daban a la tarea de escarbar en el césped para arrancar pequeñas plantas anónimas con tubérculos para el caprichoso saboreo, y perseguían mariposas que confundían con campánulas. De sus juegos y correteos volvían impregnados de menta silvestre y con el aroma de anís y del tomillo aleteando

en la nariz. En alguna ocasión, ella pareció extraviarse; la buscó anhelante y la congoja lo hizo llamarla insistente y angustiadamente, pero el inmediato encuentro vino con su alivio.

(Por la noche, ya solitario, entregado a la reiterada e insaciable observación de sus especies con una lupa y a las clasificaciones y anotaciones en cuadernos donde una vez vislumbré el nombre de ella. Recuerdo su inusitada alegría de esa época y los extrovertidos gestos de su espíritu.)

-En las anochecidas y noches, solo. De las albercas y lagunetas las flautas leves de las ranas y el anhelo por repetir al día siguiente aquel rito alucinante de verla a través de la malla de la piscina y, después, al bosque porque la llevaría a conocer los comederos de ardillas al pie de los pinos. Pero habría de romperse esta suerte de extasiados momentos.

(Después, el final del verano. El viaje de ella.)

-Un día, voces llamándola y de pronto, un muchacho alto, hecho de roble, le tiende los brazos y ella se entrega nerviosa de retozo. El quedó solo. Un pájaro solitario vuela a ras de los girasoles que se vuelven hacia el poniente. Y sintió el aroma de lo que se pierde en definitiva. Ella no volvió más.

(Se dijo que llevaba consigo una maravillosa colección de lepidópteros. Mucho tiempo más tarde, el misterioso viaje que él emprendió.)

-Y entonces él se convirtió en un ser melancólico, solitario y receloso, en un ser que busca y persigue en una luz crepuscular después del éxtasis en el verano.

(Ahora veo sus manos jugueteando fotografías y postales, algunas identificadas con leyendas o citas de su propia letra. *Trappist Monks of the Abbey of Gethsemani. "To sing is the characteristic of the man who loves"*. Una fotografía se destaca; es la de una inmensa mansión resguardada por un talud verde que culmina con barandal por donde asoman álamos blancos. La ve constante y fijamente. Tal vez hay algo en él todavía no totalmente renunciado.)

-Y un día decidió dejar su poblado. Vio por última vez calles empedradas, portales, zócalos coloreados por la tarde en su vagabundaje antes habitual, para convertirse en el obstinado que busca en la gran ciudad desconocida.

(Sonríe a los monjes de la cédula medieval de la botella. Bebe. Recoge las fotografías que tienen un aire impersonal de distintos lugares. En ninguna aparece él, lo cual viene a sugerirme que estuvo solo, completamente solo.)

-Los pájaros que le habían señalado el camino de la abadía de los monjes silenciosos callaron entre las arboledas al verlo partir. Sólo de silbo en silbo, un pájaro solo, de éstos que quedan concluyendo el

convenio de la mañana, lo fue guiando en su ruta. Una avenida amplia, con bosques laterales de centenarios cipreses y estatuas escondidas, va despertando en la estridencia de motores y ruidos superpuestos, en sentido contrario, camino al centro de la ciudad.

(Con la lentitud propia de sus gestos actuales, propia de una serenidad melancólica obtenida a costa de quién sabe qué experiencias, él cambia uno de los carretes de la grabadora. En contraste con la música anterior, ha escogido una música del presente, de violentos y estridentes giros, con la que hoy se realizan sueños. "Bitterness", un grupo de muchachos de Chicago. En notas sincopadas, voces, estridencias y percusiones inconformes, expresan el desaliento y la esperanza, la rebeldía y la perspectiva imperceptibles dentro del arrebatado.)

-Aún soñolientos, pero ya luminosos, jacarandas y matiliguates, también de lado y lado, formando calles y avenidas, donde en las tapias de las mansiones suntuosas se desborda lluvia de enredaderas con campánulas, rosales silvestres y bugambilias del tiempo. De pronto una colina. A ella se asciende por una avenida empedrada, sombreada de pinos y cipreses y llamas del bosque. La casa en la cima de la colina, resguardada por un talud verde que concluye en barandal de asomantes álamos blancos. Supo. Sintió que ella estaba allí, y anhelante corrió por el sendero que lo llevaría hacia la puerta de barrotes herrumbrosos, cerrada como una imposibilidad. Y vio un extenso césped distinto, interrumpido por bandadas de tordos y macizos con lirios, dalias, rosas, gladiolos y flores anónimas, desconcertadas, para él desconocidas.

(Y la música, de cualquier tiempo, aunque el hombre no lo quiera, cae en lo angustiante como aquella de las voces de los muchachos de "Bitterness", cuyos compases él llevaba con los dedos sobre la fotografía de la mansión resguardada por un talud verde y barandal de asomantes álamos blancos. La música siempre agita y mueve hacia la idea de encontrar salida a recónditas aberraciones.)

-Y la llamó. La llamó como él la llamara cuando una vez ella pareció extraviarse en la región boscosa. Y corrió a lo largo de todo el barandal buscando una entrada. Todavía, como quien pretende serenarse, levantó la cabeza hacia los meditativos limoneros y olivos dispersos que vislumbraba en el jardín inmenso; trató de meditar sobre los pájaros diminutos que, voraces y buchones, por parejas y entre silbos, se prendían y balanceaban al pedúnculo de las fucsias picoteando semillas. Ellos, de amarillo intenso en el pecho y abdomen, con capa pluvial negra recubriendo cabecilla y alas. Ellas, leve amarillo al pecho e intensamente aceitunadas en cabeza y alas.

(Pese a los remansos apacibles que dan las cuerdas, algo imperceptible va creciendo en sensopercepciones que se traducen en lo acuciante y desesperado de aquella cinta de grabadora que se envuelve y envuelve.)

-Pero lo exacerbaron los vuelos, revuelos y aproximaciones. Volvió a la puerta cerrada como una imposibilidad. Entonces la vio. La vio. Allá estaba ella. Maravillosa. Con su pelo flotante -trigo lacio- y sus ojos brillantes y aceitunados. El quiso decir quién era él. Ella quizá lo reconoció con sus ojos de olvido.

(Una largada de notas que partió de un suspenso melancólico subrayó el contraste de aquella aparente y casi absurda música de este tiempo, en tanto que él se esforzaba por adquirir una actitud cínica a esta altura de su extraño relato.)

-Precipitadamente y fugaz, ella corrió a emboscarse entre una pinada sorprendiendo a una bandada de tordos. Uno de nosotros podría imaginar que ella se había esfumado como se esfuma el humo hacia los ojos provocando lágrimas, o como quien recuerda un muro de lágrimas pensando en la posibilidad de que sea el vidrio de una ventana pringado por la lluvia. No puedo describir el desaliento y el desconcierto. El gimió. Un gáñido desesperanzado resultó de su garganta. Se apoyó anhelante en uno de los travesaños de hierro de la puerta. Dudó de su propio infortunio.

(La música de este momento también cae en espaciadas y melancólicas notas recomendadas a las

cuerdas, como esos necesarios remansos del espíritu agitado, desorbitado. No importa que de las síncopas se pase a inesperadas y desesperadas asonancias y disonancias. El, con casi crueldad, lento en el empleo de ciertos vocablos correspondientes a significantes seres, acciones y hechos, va conduciéndome a la presentida y obscura confluencia en que lo veo desconcertado o tratando de buscar un asidero. En tanto que la grabadora va rodando una música de suyo cada vez más desconcertante, los monjes que se habían desprendido de la cédula suspenden su trajín lento entre las barricas y la mesa en revoltillo de libros, copas, fotografías, cerámicas y ceniceros. Los monjes enarcan las cejas y se desvanecen en el aire con su ahora desvaneciéndose aire despreocupado, gozoso y rubicundo con que había concertado nuestro encuentro.)

-De repente, al pie de la colina y por la calle empedrada asciende una vaharada acre, de primitivas y olvidadas raíces: una manada de perros callejeros, de éstos sin nombre ni pedigree, apretujándose, ladrando, enseñándose los dientes, mordisqueándose, detrás de la hembra jadeante y asediada. El medita un instante. Hubiera querido dejar en la puerta de hierro la señal de propio territorio, pero desiste. Se agrega a la manada en una suerte de retozo lascivo, de atropellado reto, enseñando los dientes, entre gruñidos y ladridos.

Entonces, vino el olvido.